

INFORMACIONES

IN MEMORIAM: FERNANDO HORCASITAS PIMENTEL (1924-1980)

FRANCISCO MIRANDA G.*

Fernando Horcasitas Pimentel ha dejado de existir, murió hace unos días en la ciudad de México donde había nacido hace exactamente 56 años, un 28 de septiembre. Después de una larga enfermedad con la que luchó, pues tenía muchas cosas que hacer, terminó sus días lleno de obras y buenos amigos. Descanse en paz.

Los que recordamos a Fernando no podemos separar al fiel, constante, y alegre compañero, siempre laborioso y responsable del que fue gran investigador de la etnografía nahuatl. Promotor de la revista *Tlalocan*, desde la muerte de Roberto Barlow hasta su propia muerte, quedó mucho de su vida y capacidad en esa publicación, fuente imprescindible para el estudio de las lenguas indígenas de México. *Tlalocan* fue el proyecto más querido de Fernando Horcasitas, quien más buscaba hacer obra que ponerse a la vista y buscar se reconociera su valía, permitiendo que otros cosecharan lo que legítimamente le correspondía a él. Aún pudo preparara el IX volumen cuya edición quedará al cuidado del doctor Miguel León Portilla, coeditor de *Tlalocan* desde el volumen VII. Del volumen VIII alcanzó Fernando a trabajar en la corrección de pruebas, pero estará ausente en la entrega que se hará de él.

Me tocó conocer a Horcasitas cuando asistió, en 1964, al Congreso de Americanistas en España; aquel congreso peregrinante, como la corte castellana de fines de la Edad Media y principios de la moderna, se inició en Barcelona,

pasó luego a Madrid para rematar en Sevilla. Era su primer contacto con Europa y estaba feliz de visitar España cuya historia conocía perfectamente; estuvo en Andalucía y Extremadura, siguió a Egipto y de vuelta a casa, tocó Roma. Volvería a estar otra vez en el viejo continente cuando en 1978, aprovechando un año sabático y en ocasión de otro Congreso de Americanistas, el celebrado en París, fue a Inglaterra con intención de pasar a Francia, pero ya su salud no se lo permitió.

Por largos años fue maestro en el Mexico City College, que luego se transformaría en la Universidad de las Américas, ahora en Cholula, Pue. Muchas generaciones de historiadores y antropólogos, allí formados, deben a Fernando, quien era apreciado por su gran claridad y sentido pedagógico, la introducción a la temática mexicana, contándose entre ellos notables investigadores, especialmente entre los norteamericanos que allí venían a estudiar. Las experiencias docentes no le impidieron continuar la búsqueda, clasificación y publicación de fuentes históricas y lingüísticas y seguir armando estudios que mantendrán un valor permanente, pues fue además investigador honesto y acucioso.

En concurso de oposición fue admitido como investigador de la UNAM, esto permitió su dedicación en la Sección de Antropología, entonces parte del Instituto de Investigaciones Históricas, hasta constituirse por sí mismo. Allí se encontró con quienes fueron con él, la raíz del Instituto de Investigaciones Antropológicas: Juan Comas, Eduardo Noguera, Jaime Litvak, Carlos Navarrete, Santiago Genovés, y otros más, que él estimó y con quienes vivió en gran compañerismo. Es del tiempo de su pertenencia al Instituto que recogemos la mayor producción de Fernando Horcasitas: *Memorias de Milpa Alta, Teatro Náhuatl, Cuentos en Náhuatl...*

De gran importancia son las traducciones acuciosas que hizo al inglés de la obra del padre Durán, el estudio en inglés de la historia azteca y los artículos que año con año publicaba en los Anales del Instituto.

Su área de investigación fue muy amplia y lo llevaba de la historia del arte, a la lingüística, al folklore, a la religión, a la mitología, a la música y a todo aquello que fuera de valor humano. Sus ficheros cubren importante parte de los

temas de la etnología moderna y antigua y serán de inapreciable valor para comprender el gran esfuerzo de Horcasitas por no ser extraño a los temas de su mundo. La constante exploración de nuevos temas iba a la par con la elaboración sistemática de sus materiales, que le permitió estar constantemente ocupado y ser capaz de brindar información a una extensa red de amigos, investigadores, curiosos, turistas y muchas otras gentes.

Costará trabajo reconstruir la labor de difusión que Fernando cumplió en cursos de verano, conferencias o guía a amigos de visita. Por ser actividad a la que él me empujó recordaré las *Semanas Culturales* que juntos organizamos en la ciudad de Zamora en los lejanos años de 1968 y 1969. En ellas nos dedicamos a difundir la cultura michoacana; Horcasitas tomó a su cargo la parte central del temario, para desarrollarlo en forma competente y en cierto modo genial.

Sus estudios eran muy conocidos fuera de nuestras fronteras por su perfecto dominio del inglés, al que se agregaba su conocimiento de la lengua náhuatl y su buen estilo como escritor. Bisnieto de don Francisco Pimentel heredó de él el gusto por los estudios antropológicos e históricos, aunque no sus libros, a pesar de ser heredero del mayorazgo. Se complacía en recordar a su antepasado pero poco insistía en los blasones de nobleza de aquél, para mejor hablar de sus virtudes como hombre y como investigador.

Algunas veces, cuando me tocaba estar en México, y nos dedicábamos a comentar los propios trabajos, insistía en la importancia de seguir los estudios sobre Michoacán y su cultura; el renacimiento del interés por los temas de esta área tiene mucha deuda con Fernando. Con frecuencia recorría los pueblos de los alrededores del Distrito Federal para recoger tradiciones, visitar obras de arte, estudiar la lingüística, reconocer arquitecturas y apreciar lo que de valioso conservaba nuestra patria. Educado de joven en los Estados Unidos se recuperó a México con un gran sentido de pertenencia, que lo hizo dedicarse a estudiar con gran cariño su historia. Despreciaba a los que querían encubrir en teorías sus incapacidades y perezas, siendo especialmente respetuoso de las ideologías, aunque era bien consciente de la suya.

Sus años de labor fructuoso debieron interrumpirse de manera dolorosa por la enfermedad, contra la cual luchó

con la gran ilusión de dar remate a algunos de sus estudios, entre los que tenía mucha importancia su diccionario náhuatl, la publicación del material que tenía reunido para el segundo tomo de su teatro náhuatl. Su biblioteca era una verdadera joya con material rigurosamente seleccionado, con gran generosidad fue desprendiéndose, varios años antes de su muerte, de aquello que no le era totalmente necesario y esencial para su trabajo, como quien tiene avaricia del tiempo limitado que le quedaba para cumplir una labor descomunal.

De gran inspiración es la lista de sus trabajos, pero mucho más la de los temas que se quedaron inéditos y para los cuales Fernando dejó magnífico material; quienes nos dimos cuenta de su valer siempre lamentamos que Fernando no fuera ambicioso en hacerse reconocer como un valor de la antropología mexicana. Nunca buscó el poder, que no quería ejercer, ni la fama que pudo haber tenido en abundancia por lo valioso de su trabajo y el buen ambiente que conquistaba con su modo sencillo y simpático, a la vez que por la profundidad de su trabajo, ni siquiera procuró el brillo y el reconocimiento a lo que él había hecho. A pesar de ser investigador consumado, todavía se hacía a la idea de que conseguiría, con la puntual asistencia a los cursos de doctorado, el derecho a ese grado académico y por supuesto aceptó que no se le dispensaría de escribir una tesis a pesar de que muchos de sus libros sean más que eso, bastante para convencernos de ello, el tomo que alcanzó a aparecer del *Teatro Náhuatl*, y sus recopilaciones y traducciones de historia oral, cuentos y narraciones en náhuatl.

Al rendir justo homenaje al investigador desaparecido, el Instituto de Investigaciones Antropológicas, sabrá asociarlo a quienes han dado lustre a ese centro de investigación y honrar su memoria con el cultivo de las virtudes que él ejemplificó como investigador: perfecta honestidad, gran laboriosidad que lo hizo ocurrir al trabajo aun cuando ya su salud dejaba mucho que desear, gran convivencia y compañerismo con los demás investigadores y otras muchas virtudes que vale la pena destacar en esta ocasión en que nos ponemos a hablar de Fernando, de él que nunca quiso hablar de sí, ni que otros lo hicieran. Muchas son las herencias que hay que recoger: salvar a *Tlalocan* y darle con-

tinuidad, recuperar las obras ya a punto de terminarse, cumpliendo imperfectamente lo que él hubiera terminado con genialidad. Se debe disponer de su trabajo honrando la memoria y la tenacidad de quien trabajó por reunir elementos para una elaboración más completa y un mejor conocimiento de nuestra cultura.

Mucho podría decirse de su generosidad en dar lo que tenía a los demás, pocos deben estar tan reconocidos como el que esto escribe, por el constante estímulo recibido. Muchos, sin duda, lo recordarán por los ratos de convivencia y estarán de acuerdo en que supo ser siempre positivo en sus comentarios de la vida y de sus compañeros. Cuando nos asoció a su trabajo, fue generoso en los créditos después de que sabíamos que de él era lo mayor y más importante de lo hecho.